

Nº 9 - DECLARACIÓN "NOSTRA AETATE" (cf n. 4: La religión judía)

De un modo especial, ante los acontecimientos en extremo dolorosos por los que tuvo que atravesar el pueblo judío, de modo especial, en lo acontecido durante la IIª Guerra mundial el Concilio y, de modo especial los Papas involucrados en lo que antecedió al mismo y en su desarrollo, creyó oportuno tratar, en el n.4 de esta Declaración sobre "las relaciones de la Iglesia, con las religiones no-cristianas", la situación de los católicos frente al Pueblo de Israel, con el que Dios instauró sus primeras 'alianzas'. Es de larga data que en la Historia hemos constatado una serie de incomprensiones -de las que ninguna de las partes involucradas está exenta- que han traído como lógica consecuencia, hechos de violencia, muchas veces lindando lo irracional, lo impensable, lo que escandaliza y no puede dejar de causar dolor en toda persona de buena voluntad, más allá de la fe que ellas profesen.

Las persecuciones y discriminaciones, esgrimiendo las más diversas razones para llevarlas a cabo "exitosamente", convirtieron a Europa en un cementerio gigante que consumió a millones de personas convertidas en 'carne de cañón' para ver satisfechos a los pervertidos apetitos de quienes - milímetro a milímetro- planificaron este plan de "exterminio final" que no era otro sino poner punto final al "problema judío".

Más de un católico, en lo íntimo de su corazón, dio asentimiento a este estado de cosas, ya fuera con su aprobación de los hechos, como por un silencio cómplice, o por miedo, lo que puede hacernos comprender estas actitudes, pero de ningún modo, justificarlas. Tampoco podemos callar la ayuda que brindaron a los judíos, tanto Instituciones cristianas como católicos particulares, con todo el riesgo que esto conllevaba. Toda acción, aun la más nefasta y negativa, puede movernos a una reacción que se constituya en contramarcha, haciéndonos volver sobre nuestros pasos para transitar por caminos diferentes y nuevos que tengan un final feliz, y no el mar de lágrimas en que nos sumieron el odio y los prejuicios sobre personas a quienes ni siquiera conocemos.

Cuando, hace ya muchos años, Juan XXIII fue el primer Papa que visitaba la Sinagoga de Roma, se dirigió a los presentes, diciendo que los judíos eran "nuestros padres en la fe". También el bien-recordado Juan Pablo II pidió perdón a los judíos por las posibles heridas que nosotros pudiéramos haberles causado. Poco a poco, estas 'tomas de posición', aparentemente sin demasiada importancia, van descongelando el hielo y calmando las aguas. El famoso pianista y director de orquesta argentino, Daniel Barenboim, como su aporte a la paz, desde la música, integró un conjunto sinfónico con palestinos y judíos, con el mejor de los ánimos por descomprimir situaciones de alta tensión. Fue dura e injustamente criticado por los sectores más cerrados y fundamentalistas de Israel, pero aplaudido por el resto del mundo. Asumió con valentía los riesgos de ser él mismo, discriminado por los suyos.

Para nosotros, "la fe de Abraham" es un modelo para el creyente.

En el primer Pueblo de Dios podemos *aprender a leer* la Historia de la Iglesia, con su vocación y misión singular de Jesús, hijo de su Pueblo. Nos dice esta 'Declaración' que *como es tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo aprecio y conocimiento entre ellos que se consigue,*

sobre todo, por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno). A propósito subrayé las últimas palabras, porque ese diálogo no es enseñado en libro alguno, sino que es 'un estado de ánimo' (del alma), estado impulsado por el mutuo respeto y por la caridad. Dios-Padre, sigue insistiendo con su llamado, tanto a cristianos como a judío, a la paz que se construye -ladrillo a ladrillo- desde dentro hacia fuera, desde los cimientos hasta los pisos altos. En este y en otros temas, el Concilio es maestro de vida. ¿Seremos uenos alumnos...? (*fr Héctor Muñoz op*).